

los medios necesarios para que prosperase la obra del Señor. El santo misionero, con su unción y con el don de milagros que Dios proporcionó á las necesidades de una misión tan interesante, convirtió una crecidísima multitud de abisinios ó etiopes. Tomaba el emperador el mayor interés en todos estos establecimientos, informándose y mirando como la materia más importante y como negocio propio cuanto podía estender la fé entre todas las naciones. En el reino de Persia habia ya gran número de iglesias; bien que tenemos pocas noticias exactas sobre este punto, ya por falta de escritores en aquellos pueblos, ya por el poco trato que tenían con los romanos. Mas el emperador Constantino no omitia cosa alguna para informarse de ello e imponer el suave yugo de Jesucristo á aquellos pueblos que odiaban el de Roma. Convino inmediatamente el emperador en un tratado de alianza que le habia propuesto el rey Sapor, y le envió presentes espléndidos; pero le escribió al propio tiempo una elocuente carta ponderando las ventajas de la Religión cristiana y los reveses horriblos que se habían atraído sus perseguidores, especialmente el emperador Valeriano, que era mas conocido de los persas, porque por mano de ellos le habia castigado Dios. Por fin, desde la conversión del gran Constantino, de tal manera fueron la fé y la virtud el principio de la mayor parte de sus acciones, que en casi todo su admirable reinado parece la historia de la Iglesia un continuo panegirico de este piadoso emperador.

Peró no por esto dejaron de calumniarle los idólatras, á quienes han seguido los impíos y malévolos de todos los tiempos posteriores. Ellos emponzocaban sus intenciones, agravaban aquella clase de defectos ó errores que son como inevitables en los hombres de dignidades eminentes, y aun forjaban mil falsedades desnudas de todo fundamento.

Mas las personas sensatas de todos los partidos lo tenían como á uno de los mas grandes y mejores principes de cuantos habian ocupado el trono. No se le achacaba sino el defecto casi inseparable de la grandeza, á saber, mucha facilidad en dejarse sorprender, de lo qual se dice que fué triste víctima Crispo, que era quizá el mejor de sus hijos. Esta acusacion, que con otras muchas tiene á Zósimo por principal autor, aunque sin decir fijamente el lugar, el tiempo, ni alguna de las particularidades que todos deben saber en un hecho de tal naturaleza, está acompañada con circunstancias improbables y claramente fingidas para hacer odioso el cristianismo; y de ella, ya en su principio tan sospechosa de falsedad, nada nos dice Eusebio, y aun la desmienten formalmente Sozomeno y Evagrio. Sean cuales fueren las razones que hayan podido hacer fuerza á algunos modernos dignos de atención, hé aqui como cuentan este suceso, en el que Constantino, aunque muy culpable sin duda, no nos parecerá tanto como Zósimo lo representa. El malhadado Crispo era hijo de Minervina, primera muger del emperador, y habia hecho concebir las mas lisongeras esperanzas, porque se habia distinguido por tierra contra los bárbaros, y con mas gloria aun por mar contra Licinio, cuya armada y recursos habia destruido enteramente. Por estas circunstancias le juzgaban todos digno del imperio del mundo. Hacia ya seis años que era César, cuando Faustina su madrastra, digna hija del tirano Maximiano, resolvió perder á este héroe, para que los derechos de sucesion de Crispo, como primojénito, pasasen á los hijos segundos, de quienes era madre. Tuvo, pues, la osadía de acusar á Crispo de haber intentado violar su pudor y dispuesto la muerte de Constantino despues de profanar su lecho. Estas quejas de parte de una

esposa querida en estremo, hicieron la mas terrible impresion; por otra parte Fausta era demasiado astuta para dejar de presentar algunas pruebas equívocas que, reunidas á la atrocidad del crimen, conmovieron de tal modo al emperador que le pusieron en términos de no escuchar las voces de la moderacion, ni aun de la razon. Se obstinó en no oír las justas representaciones de su madre la emperatriz Elena, que en aquel tiempo conservaba todavía la salud mas completa, y que desde entonces no hizo mas que consumirse en una lánguida y mortal melancolia: porque esta piadosa princesa se habia encargado de la crianza y educacion de Crispo, sirviéndole de madre, por haber perdido la suya desde la infancia. Peró todos los ruegos y lágrimas fueron en vano: dejóse arrebatar Constantino de la furia ciega y rabiosa de los celos, y condenó al inocente calumniado casi sin oírle. Dicen algunos historiadores que el infeliz Crispo fué degollado, y otros envenenado, porque la ejecucion de su sentencia de muerte fué sin duda alguna muy reservada.

Apenas satisfizo el padre su indignacion, quando principió á sentir, á reflexionar, y por fin á sospechar de la conducta de Fausta. Lloraba Elena sin consuelo la muerte de su digno nieto, y el emperador quiso consolarla, para lo qual fué preciso oírle. Estaba muy lejos de ser inocente en punto á costumbres la bárbara madrastra; pues leemos en Filostorgio que fué sorprendida en el acto mismo de cometer un delito feo con un hombre de la mas baja esfera. Hizose pues de manera que abriese los ojos su augusto esposo, y llegó por último á persuadirse que una emperatriz capaz de tanta infamia era capaz de todo lo malo. Era madrastra por otra parte, y por consecuencia acusadora muy sospechosa, reflexiones todas que se manifestaban con tanta mayor vehemencia quanto eran mas tardías. Tras

la sospecha en punto á las costumbres no tardó en llegar la conviccion; que ordinariamente el mayor obstáculo que hay para que sepan la verdad los principes, es la dificultad que hay en informarles de ella. Luego que el emperador llegó á persuadirse de la verdad de todo lo ocurrido en la injusta acusacion de su amado hijo, convirtióse en furor todo el cariño de que tan bajamente se habia abusado, y no vió ya en su esposa sino una infame parricida, que por la mano del padre habia hundido el puñal en el seno del hijo. Peró horrorizado de tamaña atrocidad, y montado en cólera, no supo ser dueño de sí mismo, y castigó á Fausta de una manera que pareció mas cruel que justa, pues la mandó encerrar en un baño caliente para que en él se ahogase. Estas dos muertes arrastraron tras sí otras muchas de amigos ó cómplices de aquellas dos víctimas de la confianza y del resentimiento llevados al estremo. Se dice que Constantino hizo penitencia por estas dos faltas, pero no restituyó el antiguo esplendor ni á su virtud ni á su gloria.

Es verdad que lo restante de su vida no correspondió á sus principios; y si se hubiese de juzgar por muchos rasgos de sus últimos años, no mereceria Constantino otro lugar que aquel á que pueden aspirar en la historia los principes comunes. Muy luego él, que en el Concilio de Nicea y en otras muchas ocasiones habia acreditado una reserva tan humilde y tan recomendable en materia de Religion, se entrometió indiscretamente en los negocios eclesiásticos. Se dejó seducir groseramente por la hipocresía y las sordas intrigas de los sectarios, y creyó con mucha ligereza las calumnias de los hereges contra los obispos mas santos (1). Asimismo tuvo la debilidad de disgustarse de la antigua Roma, porque no

(1) Zosim, lib. 2 hist., pag. 685.

era amado en aquella ciudad; bien que esta aversion provenia solamente del pertinaz apego del Senado y de los grandes á la idolatría. Por tanto, eligió la ciudad de Bizancio, á la que llamó Constantinopla y nueva Roma, para suscitar á la antigua una rival capaz de eclipsar, ó á lo menos partir con ella su gloria, sin preveer que él mismo preparaba su ruina ademas de la decadencia de todo el imperio.

No vivió la emperatriz Elena hasta la fundacion de esta nueva capital. Habíase ausentado de la antigua poco tiempo despues de la muerte de los ilustres proscritos, de quienes acabamos de hablar, con el objeto de borrar, ó por lo menos disminuir tan funesta memoria en su ánimo estremadamente contristado. Por mas detestable que le parecia la calumnia de Fausta, nunca se la hubiera tratado con tanto rigor por voto de la piadosa Elena; pero adoró en los juicios humanos la severidad de la justicia divina, y buscó en la práctica cada vez mas continua de las buenas obras la serenidad acostumbrada de su espíritu. Sin embargo, á pesar de toda su resignacion y de la inalterable salud que siempre habia disfrutado hasta entonces, aun en una edad muy avanzada, experimentó por sí que los pesares causan á veces perjuicios mas graves que los años y que las almas virtuosas son ordinariamente las mas sensibles. Por el decaimiento de sus fuerzas conoció que el Señor la llamaba para sí, y que era necesario prevenirse por último para morir; en esta inteligencia dió sus consejos al emperador, que los recibió deshecho en lágrimas juntamente con sus hijos. Fué santa su muerte como lo habia sido siempre su vida desde su conversion al cristianismo. La Iglesia ha mirado siempre á esta emperatriz como á su insigne protectora y la cuenta en el numero de las Santas.

Elena murió demasiado pronto para los católicos. Constantino, de un carácter naturalmente amigo de comunicar sus pensamientos y que no podia vivir sin una persona de su confianza, dió el puesto que su madre ocupaba en su coazon á su hermana Constanza, viuda de Licinio. Parecia muy piadosa esta princesa; mas por desgracia habian abusado de su religiosidad para empeñarla en las novedades seductoras del arrianismo; y el ascendiente que adquirió sobre el espíritu del emperador su hermano, causó infinitos daños á la antigua sencillez de la fé.

Ella por su parte tenia tambien entera confianza en un sacerdote cuyo nombre callan los autores contemporáneos; pero era célebre por su adhesion al partido de Arrio, por su falso celo, por un talento singular para insinuarse en los ánimos y ganarse la estimacion de las personas del mayor ingenio y de la primera distincion. Este pérfido seductor persuadió mañosamente á la princesa, que el sacerdote Arrio era un justo perseguido, que la grande estimacion de que gozaba en el pueblo de Alejandria escitaba la envidia del obispo, y que este era todo el delito que se le acumulaba. La dificultad estaba en hacer creer lo mismo al emperador, y la empresa era muy delicada con un príncipe tan fuertemente adicto á la doctrina de Nicea. La misma Constanza no se atrevia á hablarle del asunto, aunque el intrigante director que la dominaba se lo mandó por obligacion ó precepto de conciencia. Mas enfermando en este intermedio y visitándola con frecuencia el emperador, le pidió por la ternura de hermanos, que pusiese en el santo eclesiástico que la dirigia (estas eran sus palabras) toda la confianza que tenia en ella misma. «Respecto á mí, añadió, ninguna pretension tengo en este mundo del que voy á salir; pero siguiendo vos en él temo que los cla-

mores de la inocencia perseguida atraigan la maldicion celestial sobre vos y sobre vuestros Estados (1).

Este razonamiento, en boca de una hermana querida y moribunda, produjo todo el efecto que se queria. Constantino quiso oír al sacerdote arriano; creyó que Arrio podia haber sido calumniado, y llegó á tanto su credulidad y flaqueza que escribió por sí mismo al heresiarca diciéndole que tenia licencia para comparecer y justificarse. Arrio, que estaba muy instruido en la trama, y además dispuesto para continuarla, no tardó en presentarse. Estaban diestramente preparadas todas las baterías de la intriga, y así le dieron por inocente, juzgándole por una confesion de fé de la que se habian suprimido las blasfemias de la primera, y por lo mismo no era tan fácil descubrir el veneno. Levantóse igualmente el destierro á Eusebio de Nicomedia y á los dos obispos Maris y Teognis, porque hicieron una retractacion no menos equívoca. Inmediatamente volvieron á sus sillas, y echaron de ellas á los que poco antes se habia ordenado en su lugar por mandato de un Concilio ecuménico.

Para que el triunfo fuese completo, era necesario todavia restablecer á Arrio en la iglesia de Alejandria; pero la dirigia el grande Atanasio, y jamás se vió pastor alguno que representase mejor en la casa de Dios aquella columna de hierro, con la que comparan los libros santos á los verdaderos obispos. Eusebio de Nicomedia, que á muy luego de su regreso recobró todo su antiguo valimiento, escribió á Atanasio e hizo que se escribiese el mismo emperador; pero el Patriarca se mantuvo firme tanto contra las sugerencias de la seducción como contra las amenazas; porque el príncipe, sitiado de continuo por los mas diestros impostores, e

indignado al mismo tiempo por hallar en los mismos cristianos los mayores inconvenientes á la paz y á la tranquilidad de la Iglesia, se olvidó de su ordinaria mansedumbre y de su antigua reserva respecto á los asuntos de la Religion. Fué tanto mas delicada la tentacion, cuanto era ocasionada por un príncipe religioso en el fondo, al que escitaban vivamente, calificando de rebeldia, ó á lo menos de resentimiento personal, la resistencia del obispo de la gran silla de Alejandria. Mas en esta terrible prueba deparó la Providencia un grande auxilio á los católicos, inspirando de nuevo á San Antonio que abandonase su amada soledad para volver á la capital de Egipto en defensa de su pastor y de toda la Iglesia. Este gran Santo se hallaba en el colmo de la reputacion que merecian sus virtudes y sus frecuentes milagros (1). Cuando se supo que llegaba, corrieron todos los pueblos á recibirle, y le escucharon como á un ángel bajado del cielo. «Apartaos, les dijo con toda la sencillez y franqueza evangélica; apartaos de toda comunicacion con los impíos llamados arrianos, que tienen menos de cristianos que de idólatras; pues adorando á Jesucristo, osan blasfemarle y sostener que no es mas que una criatura.» Confirmó este sencillo discurso con la curacion milagrosa de las enfermedades mas incurables y librando del demonio á una grande multitud de enérgúmenos. Corrian los infieles como los demas para ver y oír al hombre de Dios, que así le llamaban todos en general, teniendo á gran dicha tocar siquiera su ropa; y en algunos dias que pasó en la ciudad se convirtió un número increíble de ellos. Su presencia fué todavía de mas utilidad á los católicos, que eran el objeto de su viaje,

(1) Sozom. hist. lib. 2, cap. 10.

Pero luego que los vió firmes en la fé y en la obediencia á su pastor legitimo, volvió á tomar el camino de su soledad, la que jamás dejaba sino á la fuerza y con imponderable dolor suyo. Acompañóle San Atanasio muy gran trecho, juntamente con su clero, al que siguió una multitud innumerable de personas de todos estados, alabando á Dios y ensalzando la fé que producía tales virtudes.

Mas los arrianos sembraban con mayor teson la discordia y la zizaña por todas partes, dirigiendo en especial sus tiros contra Atanasio; y juntándose de nuevo con los melecianos, para disponer con mas seguridad su perdicion, lo hicieron citar y comparecer ante el emperador. Mas esta primera vez no hallaron crédito sus imputaciones; pues habiendo examinado Constantino el asunto por sí mismo, mandó se restituyese el obispo Atanasio á su iglesia, despues de darle tantos testimonios de estimacion como de desprecio á sus calumniadores.

Tenian estos otro celoso antagonista en la persona del patriarca de Antioquia, primer prelado del Oriente despues del de Alejandría y que igualmente no tenia otro superior que al Soberano Pontífice (1). El que ocupaba tan dignamente esta gran silla era San Eustacio, doctor profundo y elocuente, pastor ejemplar y de una vigilancia sin igual, confesor intrépido en las últimas persecuciones, y ocupado con un celo infatigable, despues de la paz de la Iglesia, en corregir los abusos y precaver la relajacion. Por otra parte, si por sus escritos era formidable á los hereges, lo era mucho mas por su ingenio en penetrar sus intenciones y por su valor en arrancarles la máscara con que engañaban á los incautos.

(1) S. Athanas. *ad. Solit.* pág. 812.

Supo conocer, y escluyó por lo mismo de la clerecía, á Esteban, á Leoncio el eunuco, y á Eudocio, los cuales fueron á pesar de esto sus sucesores por las tramas de los arrianos, y dieron pruebas de lo fundadas que eran las sospechas que tuvo acerca de su conducta. La gran reputacion de poder y ciencia que gozaba Eusebio de Cesarea no fué bastante para arredrar á Eustacio, antes bien le atacó frente á frente, y fué de los primeros que descubrieron la alteracion que aquel hombre tan sagaz tuvo la osadía de hacer en la confesion de fé que hizo en Nicea. Comportóse de la misma manera con Paulino de Tiro y con Pámfilo de Escitópolis, igualmente acreditados en el partido.

No necesitaba tanto el génio fogoso de los sectarios para resolver la perdicion del prelado; pero con el designio de conseguir la mas seguramente, disimularon por algun tiempo. Eusebio de Nicomedia, autor principal de la trama, pretestó ir á visitar la Anastasia, es decir, la Iglesia de la Resurreccion, que el emperador habia mandado construir en Jerusalem. Asi pretendia el herege cortesano obsequiar á Constantino por los mismos medios con que esperaba lograr sus depravados intentos. Teognis de Nicea, depositario del secreto, partió con él: avocáronse en Jerusalem con los obispos de su partido, quienes á su regreso los acompañaron hasta Antioquia, como para cortejarlos. Se dice que eran de este número Eusebio de Cesarea, Pámfilo de Escitópolis, Aecio de Lida, y Teodoro de Laodicea. Y para sorprender mejor á San Eustacio, le hicieron todos las mayores demostraciones de amistad, y hallaron algunas razones especiosas para reunirse en Concilio en su propia iglesia, y aun con muchos obispos ortodoxos.

Pero apenas estuvo congregada la asamblea, cuando descubrieron toda la maligni-

dad que abrigaban en sus pechos. Fué acusado Eustacio de sabelianismo, que era una heregia diametralmente opuesta á la de Arrio, de la que los partidarios de este, asi como los sectarios de todos los tiempos que se complacen en tergiversar las cosas, acusaban á los celosos defensores del dogma de la consubstancialidad. Tambien introdujeron en su conciliábulo á una muger pública con un niño en los brazos, que juraba haber tenido de Eustacio. No habia mas prueba de esto que la palabra de la muger ganada visiblemente contra el santo obispo; de manera que los católicos clamaban con la mas viva indignacion, que era una atroz calumnia levantada contra el prelado. Los obispos arrianos, que eran los mas fuertes, respondieron con un tono fingido de regularidad y moderacion, que no podian menos de creer á aquella persona que aseguraba su delacion con un juramento; y sin otra forma de proceso depusieron al santo obispo de Antioquia (1). El pueblo, que amaba tiernamente á su respetable Pastor y no tenia la menor duda acerca de su inocencia, se sublevó de tal modo, que el alboroto hubiera tenido las mas funestas consecuencias, á no ser por las eficaces medidas que se tomaron para reprimirlo en sus principios. Tornaron prontamente á la corte Eusebio y Teognis, y persuadieron al emperador lo que quisieron. San Eustacio fué desterrado á Macedonia con los sacerdotes y diáconos de su mayor confianza, y murió en el destierro. Segun San Gerónimo, este es el primer autor eclesiástico que ha escrito contra los arrianos.

Despues de su deposicion, pusieron en su lugar los hereges á Paulino de Tiro, luego á Eulalio, despues á Eufonio, y todos tres murieron en muy poco tiempo. Llo-

(1) Socrat. *lib. 1 hist., cap. 24.*

raba sin cesar á su digno obispo el pueblo ortodoxo; y los seductores se lisongearon de que no lo echaria menos nombrando á Eusebio de Cesarea, que en muchas cosas se habia grangeado grande reputacion. Mas ya fuese politica, ya celo verdadero de la disciplina, no consintió aquel en la traslacion; y fué electo Flaccilo, que ocupó la silla por espacio de doce años. Nunca quisieron los fieles católicos comunicar con él, y siguieron invariablemente celebrando sus juntas aparte, con el nombre de eustacianos. Consiguió asimismo la faccion arriana que fuesen espulsados de sus sillas otros dos santos prelados, esto es, Asclepas de Gaza, y Eutropio de Andrinópolis.

Causó alguna diversion en estos contratiempos la fundacion de la nueva Roma. El emperador, despues de examinar diferentes sitios, eligió un lugar entre la Europa y el Asia, en el centro del imperio romano y de los paises templados de su continente. Esta situacion, sobre un estrecho que comunica con los dos mares del Ponto-Euxino y de la Propóntide, le pareció, y tal se reputa tambien en el dia, la mas agradable, la mas sana y la mas ventajosa del universo. Desde esta llanura, que tiene un declive muy suave, se alcanzan con la vista las tierras mas alegres y mas fértiles y pintorescas de las dos partes del mundo. La rodea por tres lados el mar, ó unos golfos tan inaccesibles al enemigo como favorables al comercio; de suerte que en ninguna parte se podian encontrar mas reunidas las ventajas de la seguridad con la facilidad de las subsistencias que tanto se necesitan en una gran capital. La ciudad de Bizancio, edificada en esta costa por un antiguo rey de Tracia, que la dió el nombre, habia sido de bastante consideracion; mas entonces era una poblacion corta, cuyo obispo reconocia al de Heraclea por metropolitano.

Constantino dió primeramente tres cuar-